

El viaje de Madrid a Argel es una especie de cóctel de conversaciones agitadas cuyos ingredientes son el Sahara, los famosos acuerdos de pesca, Canarias y la soberanía "de facto" concedida por la torpeza diplomática española a Marruecos: no sale, entre los viajeros, demasiado bien parado, que se diga, el señor Oreja. Pero, sin embargo, hay una clara unanimidad en la convicción de que cuanto estamos llamados a vivir, "en algún lugar del desierto", absolutamente nada tiene que ver con el MPAIAC. "Sin embargo —dice un colega—, las 'boutades' de la OUA tienen tanta eficacia como ciertos intereses económicos para hacer que los yeros españoles respecto del Sahara, lejos de ser enmendados, sigan perpetrándose".

Del avión al "jeep"

En Argel nos distribuyen en grupos, no sin antes privarnos de los pasaportes. Los hoteles que nos han sido asignados se sitúan, sin excepción, pero no por casualidad, en las afueras de Argel. El que nos toca en suerte a nosotros se levanta junto a la playa, a discisiete kilómetros de la capital.

El domingo día 26, vuelo, en un avión militar a Tinduf, en el extremo sudoeste de Argelia, confluencia de las fronteras de este país con Marruecos, Mauritania y Sahara occidental. Los sucesivos vuelos que ha dispuesto el gobierno argelino para los invitados saharauis empalman aquí con los "jeeps" alineados cerca de la pista. Llevan bandera saharauí y, en fila india, cargados de periodistas, militares, representantes, miembros de delegaciones extranjeras, universitarios, juristas, observadores y amigos, enfilan el desierto. Ahora sortejan dunas y pedregales, pero nosotros tenemos la secreta persuasión de que, durante aquellas horas de viaje, han sobrado kilómetros en función de un táctico deseo de demostrar que, a veces, la distancia más corta entre dos puntos no es la línea recta.

La comitiva, al cabo de varias horas, se detiene frente a un edificio, a todas luces construido con medios de fortuna. Inmediatamente nos harán saber que se trata del hospital Nacional Mártir Sidi Aidu, con unas trescientas camas, habilitado sólo en parte aún. Fue —según nos explican— levantado por mujeres saharauis y vemos en él niños que los bombardeos marroquíes han dejado huérfanos, pero que alzan, como todo este pueblo, la

En el segundo aniversario de la República Saharauí

UN PUEBLO CON VOLUNTAD DE SER

El 27 de febrero de 1976, cuatro meses después de que el Sahara occidental fuera invadido por las fuerzas armadas de Marruecos y Mauritania, en un trozo de territorio liberado —Bir Lahlu—, es proclamada la República Árabe Saharaui Democrática. Ese mismo día, la aviación marroquí bombardea con napalm los asentamientos civiles de Guelta y Um Dreiga.

Ahora acaba de celebrarse el segundo aniversario de aquella proclamación —y díramos que también del bombardeo—. El pasado día 26, por la tarde, durante dos horas, unidades de la ALPS (Ejército de Liberación Popular Saharaui) tendían a raya, bajo fuego de mortero, pesado, a las guarniciones de El-Ayun, ocupadas por fuerzas marroquíes. Los daños materiales de esta especie de "bombardeo-aniversario" son cuantiosos, pero, sobre todo, resulta sintomático el hecho de que los atacados no hayan sido capaces de reaccionar. La explicación la veremos al siguiente día, al contemplar las evoluciones de un ejército que se halla muy lejos de aquel rudimentario conglomerado de voluntad y penuria que fuera en su nacimiento el Frente Polisario.

JUAN DE LA RIZ



Los niños acogidos en el Hospital Nacional Mártir Sidi Aidu, en su mayoría huérfanos, alzan sus manos con la "V" de la victoria.

mano con la "V" de la victoria.

Cuando nuestros "jeeps", procesionarias del desierto, reemprenden su marcha, es ya de noche y la temperatura ha descendido mucho. Las luces, serpenteando entre las dunas, subiendo y bajando en las estrabaciones de arena, trazan en el desierto pasos de una danza fantasmagórica.

Tampoco esta vez sabemos las consignas itinerantes que sigue el vehículo de cabecera, cuyo conductor controla, sin duda, sus reticentes rumbos mediante brújula. De pronto, una "construcción" que recuerda las ciudades cinematográficas de Samuel Bronston: un muro de adobe iluminado por los faros, perdido en la arena, al que "le falta el edificio" que parece simular.

Transpuesta la puerta ojival que se abre en el centro del muro, vemos un estrado, más allá un podio con mástil donde ondea la bandera saharauí, hileras de "jaimas" (tiendas del desierto), barracones, servicios, comedores y, como cerrando el inexistente recinto, las filas de "jeeps" y demás vehículos que nos han conducido a este lugar inimitable.

Se nos ha acumulado el cansancio, por lo que, tras la cena, después de presenciar la actuación del conjunto musical Chahid Mustafá El Uali y otros artistas, nos retiramos a la "jaima". El alojamiento en estas tiendas, que han sido preparadas para recibir dignamente a cinco invitados, resulta, dadas las circunstancias, bastante confortable. Un amable saharauí se ocupa de nuestras mínimas necesidades, nos señala el lecho, sobre una alfombra, con sábanas limpiísimas, y, al desaparecer, anuncia que nos despertará a las siete de la mañana.

Los dueños del desierto

Impresiona, ciertamente, el hecho de que el desierto pueda ocultar toda esta vida: por todas las direcciones de la rosa de los vientos llegan con el amanecer caravanas de peregrinos, mujeres, niños, ancianos..., dispuestos a celebrar la gran efemérides. Rugen los motores de los vehículos militares, aprestándose al desfile. Los miembros del Consejo de la Revolución y los mandos del Ejército de Liberación ocupan sus siales en la tribuna. El desfile es abierto por una formación de niños y niñas, con banderas, vestidos de uniforme. Les sigue un millar de soldados, perfectamente equipados, con las armas y vehículos de combate más modernos, y traen a re-



La presidencia del desfile, de izquierda a derecha: comandante en jefe de una zona militar, segundo secretario del Polisario y ministro del Ejército, Bachir Mustafá, y secretario general del Frente Polisario, Mohamed Abdelaziz.



Modernos vehículos militares que tomaron parte en el desfile y, a la derecha, parte de material bélico capturado por el Frente Polisario, exhibido a periodistas y demás visitantes.

molque la "cola" de casi dos centenares de prisioneros. Llama la atención el hecho de que algunos de éstos, al pasar ante las tribunas, saluden al pueblo saharauí con la "V" digital de la victoria.

Pero lo que más nos impresiona en el acto militar es la intervención de los cadetes ("pionniers"), muchachos de apenas catorce años, que dictan una auténtica lección marcial, de perfecto adiestramiento, que llega a penetrar con su esperanza el futuro saharauí. Esta proyección hacia el futuro vuelve a palpase de nuevo, cuando un niño de siete u ocho años cierra el desfile conduciendo un "jeep" desde el que un oficial saluda a la enseña patria.

A continuación intervendrán, con sus discursos, el presidente del Consejo de la Revolución y el secretario general del Frente Po-

lisario, Mohamed Abdelaziz.

"En nombre del pueblo de la gloriosa Revolución del 20 de mayo —dirá este último—, en nombre del Ejército de Liberación Popular Saharaui, expresamos nuestra más viva gratitud a las delegaciones hermanas y amigos que han tenido a bien responder a nuestra invitación, a fin de compartir las alegrías de nuestro pueblo, convencidos de la justicia de su causa, la nobleza de sus aspiraciones y de la necesidad de brindarle apoyo y sostén".

De hecho, esta "respuesta" se halla aquí sintetizada en las cincuenta delegaciones oficiales, los cuatrocientos representantes de organismos internacionales, asociaciones, prensa, universidad, mundo del Derecho, etcétera, que han acudido a la llamada del pueblo saharauí en su conmemoración más importante.

Toda esta masa humana, en la que destacan periodistas y fotógrafos, se volcará a continuación a contemplar el armamento capturado por el Polisario, así como a conversar con los centenares de prisioneros que han sido conducidos "ex profeso" a este lugar. "No podemos recibir mejor trato —afirman el unísono—, ya que compartimos con nuestros guardianes comida, alojamiento e incomodidad".

Las armas capturadas, que los saharauí exhiben y dejan retratar como testimonio histórico y prueba de "unidad colonialista", son de procedencia varia. Entre las armas españolas, francesas, americanas, vehículos militares, cañones, metralletas, fusiles, morteros..., un oficial saharauí nos señala un viejo cañón galo de 105 milímetros, que fue utilizado sucesivamente en Indochina, en Argelia, para caer en ma-

nos del Polisario vía Mauritania.

...

De regreso hacia Madrid, al ordenar en el avión las notas tomadas sobre la marcha de unas horas vertiginosas, quedamos sumidos en la sensación de que es imposible constreñirlas a los estrechos límites de una crónica. Detrás de la arena, y ahora del mar, queda un pueblo con voluntad de sobrevivir. Este pueblo —como diría el primer ministro saharauí, Mohamed Lamin, en una rueda de prensa que ni hemos llegado a mencionar— "ha proclamado la RASD en condiciones difíciles, es decir, en un momento en que algunos llegan a pensar que ni siquiera existe. Pero desde hace dos años este pueblo ha demostrado al mundo estar determinado a imponer su existencia". ■Fotos: CARLOS ORTEGA.